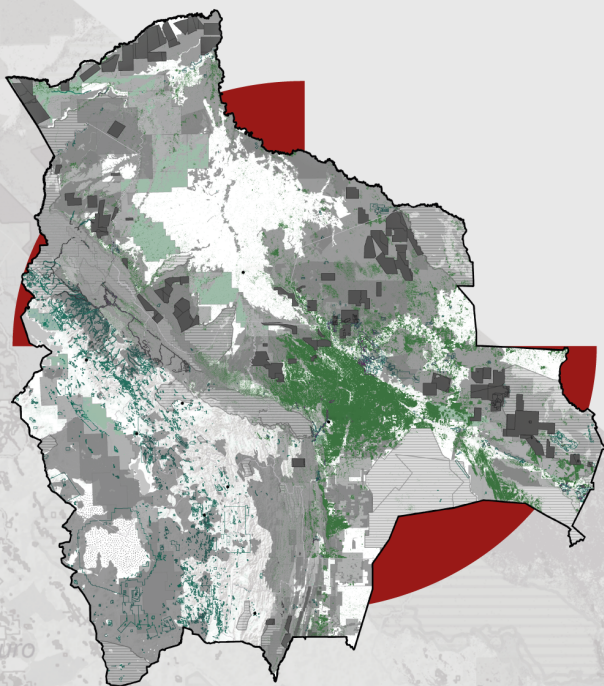

Hablemos de economía boliviana sin ser **economistas**

*¿CÓMO SALIR DE LA MALDICIÓN
DE LOS RECURSOS NATURALES?*

GONZALO COLQUE



Colque, Gonzalo

Hablemos de economía boliviana sin ser economistas:
¿cómo salir de la maldición de los recursos naturales?

Santa Cruz: TIERRA, 2024

272 pp.; 9 tablas, 13 gráficos y 2 esquemas

DL: 4-1-3574-2024

ISBN: 978-9917-9749-0-1

ECONOMÍA BOLIVIANA / RENTISMO /
DESARROLLO / BOLIVIA /

© Gonzalo Colque; TIERRA, 2024

Primera edición, mayo de 2024

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni difundir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que el editor continúe publicando libros para todos los lectores.

Contactos:

Tel. Celular/WhatsApp : (591) 73580438

Tel. oficina: (591) 2 243 2263

Correo electrónico: g.colque@ftierra.org

Impreso en Bolivia

ÍNDICE

Prefacio	5
Introducción	7
Capítulo 1. Explorando el terreno: marco conceptual y definiciones económicas	27
Capítulo 2. Herencia histórica: el modelo primario-exportador del siglo XX	53
Capítulo 3. El modelo del siglo XXI: renta petrolera, agrícola y minera	83
Capítulo 4. Los males económicos.....	117
Capítulo 5. Los males políticos	149
Capítulo 6. Balance: Rentismo y atraso como fenómenos persistentes.....	183
Capítulo 7. Salir del atraso económico, ¿cómo?.....	213
Consideraciones finales.....	239
Referencias y notas	243
Lista de tablas y gráficos	265
Lista de siglas y acrónimos.....	267
Agradecimientos.....	271

PREFACIO

Este libro busca explicar un fenómeno económico conocido como “la maldición de los recursos naturales”, sus conexiones con el rentismo y el persistente atraso de Bolivia. Además, constituye una invitación abierta al público en general para que abordemos estos problemas arraigados en todos los rincones de nuestra geografía, y juntos exploremos posibles respuestas y soluciones.

Los problemas están tan extendidos que resulta prácticamente imposible viajar por el país sin cuestionarnos por qué —teniendo abundancia de recursos naturales— seguimos siendo una economía débil y rezagada. Esta interrogante resuena con mayor intensidad cuando comparamos nuestra situación con la realidad de otros países. Y no hace falta fijarnos en países lejanos. Basta acercarnos a Chile, Argentina o Brasil, para darnos cuenta de que nuestro progreso lento no sólo está en el campo económico, sino que permea casi todos los aspectos de la vida.

No son problemas nuevos; de hecho, existen valiosos estudios que abordan sus causas y consecuencias, y muchos bolivianos y no bolivianos contribuyeron silenciosamente desde la práctica. Gracias a estos esfuerzos de años y décadas, hemos llegado a comprender que uno de los problemas fundamentales radica en nuestra excesiva dependencia económica de los recursos naturales y que, a pesar de tiempos de bonanza, no supimos dar pasos firmes y decididos hacia adelante.

Así como se desperdiciaron las oportunidades que trajeron consigo la bonanza de la plata o el estaño del siglo XX, no supimos hacer algo distinto en la historia reciente. La bonanza del gas natural que duró cerca de nueve años (2005–2014), generó una renta petrolera abundante que saltó desde 640 millones de dólares anuales hasta 5.489 millones; es decir, un crecimiento porcentual de 758% en el periodo. Para ilustrar el tamaño del cambio, esto sería como si el salario de un

trabajador hubiera aumentado de repente de 3.000 bolivianos a 25.740 bolivianos mensuales. Pero de poco o nada sirvió esta abundancia repentina ya que hemos vuelto a desperdiciar la más reciente oportunidad. El declive del gas natural no llega solo sino acompañado de los males de siempre: endeudamiento externo e interno, desahorro, desempleo y, ante todo, ausencia de alternativas económicas a la sobreexplotación de los recursos naturales.

Sin embargo, las bonanzas no siempre conducen al desastre. En otras circunstancias y momentos, la abundancia de los recursos naturales más bien ha sido una ventaja estratégica para engranar, encadenar y poner en marcha una serie de actividades económicas para el desarrollo sostenido de los países. Existen experiencias variadas de donde podemos extraer lecciones valiosas para transformar la “maldición de los recursos naturales” en una “bendición”.

En cualquier caso, el desafío que enfrentamos como Bolivia es enorme, lo que exige compromisos decididos de todos nosotros, sin importar mucho qué lugar ocupamos o a qué esfera social, política o campo de conocimiento pertenecemos. Bajo este entendido, si bien este libro proviene de un campo de estudio específico como es la economía, ha sido escrito como un aporte al diálogo multidisciplinario. Además, los economistas estamos en deuda con la sociedad boliviana, porque —reconozcamos— no supimos contribuir suficientemente al debate nacional y, a juzgar por los hechos, a menudo hemos fallado al no saber comunicar nuestras ideas y aportes en un lenguaje claro, digerible y, quizá lo más importante, libre de explicaciones enredadas y jergas innecesarias.

Parafraseando una expresión poco conocida en nuestro medio, pero certera a propósito de estos temas; se puede decir que los problemas económicos que tenemos como Bolivia son demasiado importantes como para dejarlos en manos de economistas.

Santa Cruz, 27 de mayo de 2024

INTRODUCCIÓN

La canción “Lamento boliviano” es una de las composiciones musicales de origen argentino más conocidas de Latinoamérica. Fue escrita por Natalio Faingold y Raúl Gómez en 1984, interpretada por primera vez por la banda “Alcohol Eílico” y, años más tarde, popularizada por la banda de rock “Los Enanitos Verdes”. La memorable melodía que emana está impregnada de sentimientos de profunda tristeza y desconsuelo, realzados por los instrumentos de viento propios del altiplano andino: la zampoña y la quena. Según una publicación del diario Clarín¹ solo existen teorías no confirmadas por sus creadores sobre el origen y el significado de algunos fragmentos. Una de estas refiere que la expresión que da nombre a la versión arreglada —la que todos conocemos— estaría inspirada en la difícil situación económica de los migrantes bolivianos que llegaron a Argentina durante la crisis de los años 80 o, de modo general, en la realidad boliviana de la época.

En particular, un fragmento hace una alusión directa:

*Soy como un lamento
Lamento boliviano
Que un día empezó
Y no va a terminar²*

Aunque no hay manera de corroborar o descartar esta y otras conjeturas, lo cierto es que esta creación artística sigue recordando a propios y extraños las grandes dificultades económicas de Bolivia. En los años 80, el país atravesó una de las peores crisis conocidas desde su fundación en 1825 y, cuatro décadas después, estamos a punto de repetir la historia, aunque guardando las distancias, por supuesto. Los problemas acumulados hasta finales de los años 70 explotaron en forma de lo que el mundo llegó a conocer como “hiperinflación”³ —se cree que este término habría sido acuñado por los periodistas bolivianos—.

Poco después, el colapso del precio internacional del estaño asestó el golpe decisivo para desencadenar una serie de eventos catastróficos que tuvieron repercusiones más allá de la esfera económica. Para el colmo, la crisis de la “década perdida” coincidió con la mayor sequía que azotó al campesinado del altiplano y valles de las tierras altas (1982-1983), dando origen a una masiva ola migratoria de cientos de miles de jóvenes rurales hacia las principales ciudades del país y hacia nuevos polos de migración internacional en el área metropolitana de Buenos Aires-Argentina o en los barrios marginales de Sao Paulo-Brasil.

Durante el periodo de las reformas de liberalización económica de los 90, los sentimientos de tristeza fueron transformándose en desobediencia, rebeldía y éstas en movimientos políticos. Así como el protagonista de la icónica canción se queja constantemente del desamor, el descontento social y la protesta política calaron hondo en la cotidianidad y la personalidad boliviana. Manifestantes descontentos de todas las edades tomaban a diario las calles de las principales ciudades expresando su rechazo a las políticas neoliberales impuestas por el Fondo Monetario Internacional (FMI), combatiendo a los gobiernos tildados de serviles a los intereses foráneos y exigiendo el resarcimiento de los altos costos socioeconómicos causados por la “política de *shock*”⁴ de 1985. Fue un caldo de cultivo casi perfecto para abrazar más que nunca las ideologías antisistema.

Con los años, la agitación desembocó en la llegada al poder del Movimiento al Socialismo (MAS)⁵ a principios de 2006. Evo Morales y sus seguidores lograron capitalizar el descontento acumulado al fusionar en una única narrativa la rebeldía anticapitalista, la resistencia antineoliberal y la lucha de los pueblos excluidos. Este cambio político coincidió con los años de bonanza del gas natural y, por un tiempo, la gente dejó de pelear en las calles. En un afán por mostrar futuros promisorios, la propaganda gubernamental comenzó a transmitir mensajes en sentido de que la Bolivia económicamente atrasada y políticamente inestable estaba quedando atrás y que solamente haría falta la continuidad del nuevo gobierno para seguir avanzando por la senda del desarrollo y crecimiento económico. Los grupos de poder del sector privado, que prosperaban al influjo de la bonanza petrolera, también se sumaron a la retórica

triumfalista. Pero los años de las “vacas gordas” no duraron mucho tiempo. Hacia el año 2015, el auge se detuvo, el crecimiento económico comenzó a desacelerarse y, desde entonces, se incubaba una nueva crisis económica, parecida a la de los años 80.

La amenaza de esta nueva crisis hizo reflotar el descontento de la población. Las protestas políticas que están emergiendo, todavía carecen de una forma definida y tampoco giran en torno a un centro gravitacional y aglutinador, pero tienen coincidencias a la hora de rechazar las políticas y acciones del gobierno del MAS. Además, la administración de Luis Arce enfrenta una fuerte oposición interna por parte de la facción liderada por Evo Morales. Este último no disimula sus intenciones de acelerar el estallido de la crisis económica como parte de su estrategia electoral. Desde la oposición, el agotamiento del gas natural, el insostenible gasto público, la escasez de dólares, el fracaso del litio y otras dificultades económicas han sido atribuidas directamente a la incompetencia de los líderes del gobierno del MAS y sus “entornos ultra mediocres”⁶. Incluso, varias voces internas del gobierno de Arce coinciden, al menos en parte, con los cuestionamientos sobre el manejo de la economía y de los problemas del país. Los opositores, unos en mayor medida que otros, están convencidos que la crisis económica y otros problemas conexos pueden desactivarse mediante un cambio de gobierno. Pero, ¿realmente bastaría cambiar de líderes políticos para solucionar nuestros problemas económicos profundamente arraigados? Casi con seguridad la mayoría de los bolivianos respondería que no. Si es así, ¿qué más debemos de hacer para trascender más allá de las protestas y luchas político-electorales?

El término “Lamento boliviano” parece ser una mera descripción de constantes penas y expresiones de malestar, pero también podría tomarse como un cuestionamiento fundamentado hacia cualquier persona —o incluso hacia un país como Bolivia— que se limita a quejarse en lugar de hacerse cargo de la situación. Una manera casi instintiva de reaccionar sería rechazar tal cuestionamiento con cualquier argumento, pero una otra manera más juiciosa sería aceptarla como una crítica, como un elemento motivador que nos empuje a entrar en acción y a unir esfuerzos para encarar los problemas económicos.

Esto implica tomar partida por un punto medio que no nos obligue a abandonar nuestro compromiso con los cambios estructurales y, al mismo tiempo, esté situado más allá de las soluciones coyunturales y debates cortoplacistas.

Y precisamente, esta mirada o enfoque general es el hilo conductor del contenido de este libro.

HABLEMOS DEL ATRASO ECONÓMICO

Si nos preguntamos con honestidad o pedimos a alguien una opinión sincera sobre qué piensa de Bolivia, muchos dirían que es un país atrasado, estancado y casi sin remedio. Y más allá de estas percepciones propias o ajenas, existen datos y cifras que ofrecen suficiente información para hacer una valoración más objetiva. Varios estudios internacionales, que se encargan de evaluar periódicamente el estado de crecimiento y desarrollo de los países del mundo, reportan resultados nada alentadores para Bolivia. Cuando estos estudios colorean el mapamundi,

**Gracias por su interés en este libro.
Si desea adquirir, escríbanos a
wp 73580438. Gracias**

Suele pensarse que los recursos naturales son una bendición o una ventaja económica para el progreso de las naciones, pero **¿por qué Bolivia – siendo un país rico en recursos naturales – es una de las economías más pobres de América Latina y el mundo?**

A partir de esta pregunta, este libro aborda problemas económicos de carácter nacional, como nuestra dependencia histórica de la exportación de materias primas, las razones y consecuencias del agotamiento de la renta del gas, el fracaso del Estado empresario, el sinsentido de los planes de industrialización, entre otros.

También contiene ideas y propuestas sobre cómo podemos contrarrestar los males económicos, salir del atraso persistente y reestructurar el aparato productivo. La pretensión no es ofrecer una receta tallada en piedra para asuntos por demás complejos e intrincados, sino aportar al debate entre todos los bolivianos.

Este libro ha sido escrito con un sentido de urgencia ante el actual escenario de crisis económica. Es una invitación para que hablemos de economía sin ser economistas.

ISBN: 978-9917-9749-0-1



9 789917 974901